

José Fraguas. Orugas y mariposas. Secreto y denuncia en los existencialistas argentinos. Buenos Aires: Ediciones UNGS, 2017.

Eduardo Muslip¹

¿Qué supone hablar de existencialismo en Argentina? ¿Puede establecerse una tradición nacional que vaya más allá del mero relevamiento de las formas de “recepción” de los teóricos europeos? El libro de José Fraguas, más que una defensa de la posibilidad de establecer esa tradición, propone un recorrido concreto, que conecta la obra de cuatro “existencialistas argentinos”: Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero, Oscar Masotta y Carlos Correas. El análisis selecciona de sus producciones los modos en que reflexionan sobre cuestiones estéticas. Los cuatro pensadores, afirma Fraguas, “comparten el vínculo con la universidad, la formación filosófica, el compromiso teórico con el existencialismo y la afinidad ideológica con el peronismo” (134), y la preocupación por “dilucidar la compleja relación entre estética y política” (134). En su presentación de los autores, privilegia la síntesis conceptual, pero sin reducir la escritura a la indicación de un concepto.

Fuera del caso de Correas, se trata de filósofos sin producción artística; sin embargo, sus reflexiones siempre gravitan alrededor del arte en general y de la literatura en particular. *Orugas y mariposas* establece la convergencia de tradiciones de análisis que normalmente se consideran separadas, la de la filosofía con base en el ámbito académico y la crítica literaria.

Carlos Astrada, con formación de posgrado en Alemania y luego con extensa participación en el ámbito universitario argentino, utiliza categorías

¹ **Eduardo Muslip** es investigador y docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina). Tiene publicados trabajos sobre literatura argentina y latinoamericana, y varios libros de ficción, entre los que se cuentan *Florentina* (2017) *Avión* (2016) y *Phoenix* (2009).

heideggerianas: Ser y tiempo confirma a Astrada en la línea de sus primeros escritos. Fraguas observa la centralidad de la categoría de “juego”, que si bien parte de una categoría de Heidegger (al referirse al “ser en el mundo como juego primordial”), en Astrada se subraya el aspecto de lo lúdico propio del niño, que es expresión del “grado de entrega que el juego de la existencia requiere” (131); posteriormente, la propia labor filosófica es vista como “juego” tanto por ser un ejercicio de libertad en el que se debe estar “dispuesto a renunciar a todo asidero y entrar en él” (132). Astrada efectúa también una lectura filosófica del Martín Fierro, en el que observa el “mito orientador” contenido en el texto de Hernández.

Respecto de las teorizaciones de Juan Luis Guerrero, sus investigaciones se centraron en cuestiones de estética, disciplina a la que dedica su obra mayor, los tres tomos de su Estética operatoria, que se publicaron entre 1956 y 1967. Rige su abordaje el principio de que las obras de arte “hablen por sí mismas”, e identifica tres “momentos”: el de la obra en sí, el de su proceso de creación y lo que la sociedad “pide” al arte; la obra artística puede dar al hombre un sentido de dirección vital que no encuentra en otros discursos. Guerrero, además de ver esa función en obras diversas, como el Guernica de Picasso y el Canto general de Neruda, dedica un análisis particular al Facundo de Sarmiento, que contiene y supera los principios ilustrados y románticos, y funciona como un texto que ofrece una “dirección” hacia nuevas perspectivas de evaluación de las circunstancias nacionales: propone perspectivas en múltiples direcciones más que un programa cerrado.

En cuanto a Masotta, el análisis de Fraguas se centra en la producción de su primer período, en el marco del existencialismo sartreano. Muestra su marcado distanciamiento con la crítica literaria que veía el arte como algo de la dimensión espiritual ajena a consideraciones materiales, incluyendo el orden económico; también se distancia de las posiciones de izquierda que dejan de lado elementos específicos de la construcción literaria para ver la obra artística como una instancia de simple ejemplificación de las condiciones sociales de producción. En su análisis de Los siete locos y El juguete rabioso, pone el foco en una crítica del lugar de la clase media: observa cómo los personajes se alejan de los valores de

dicha clase en un juego de acercamiento a los sectores más bajos, y el crimen y la traición como formas de afirmar su pertenencia original de clase.

En el caso de Carlos Correas, también lector apasionado de Sartre, observa el valor “disolvente” del arte, y la literatura “densa” como lugar de crítica de cualquier forma de idealismo. Analiza con detenimiento a Arlt, cuya obra ficcional tiene una dimensión filosófica en la medida en que observa las condiciones materiales de la existencia, incorporando también los espacios de decisión del individuo. Las formas de ejercicio de la sexualidad, la experiencia del trabajo, el crimen, la traición, están vinculados con la invención estética, y lo “imprevisto” en las conductas afirman la posibilidad del carácter libre de la decisión humana.

¿En qué sentido habla este libro de existencialismo? Las filosofías de la existencia serían las que marcan no sólo la necesidad de analizar las condiciones materiales de los individuos sino las que ven algo particular e irreductible en cada existencia, una posición que naturalmente encuentra un aliado en el discurso literario. El hombre como proyecto siempre inacabado, carácter que también tendría la obra literaria. El proyecto inacabado que remite de algún modo también a América Latina: un aspecto que aporta Fraguas es la contextualización latinoamericana del trabajo con la filosofía existencial. En Orugas y mariposas, a pesar de la apretada red de referencias a otros, siempre hay una iluminación sobre contenidos concretos: el libro releva autores de diferentes momentos y espacios latinoamericanos, a pesar de la a menudo escasa conciencia latinoamericana de sus analizados.

La condición latinoamericana aparece como propicia a reflexiones en las que la cuestión de la temporalidad, así como la incidencia de las condiciones materiales, están siempre presentes. Parecería que las búsquedas de ontologías quedan reservadas a las filosofías de los países centrales, y cuando se buscan establecer esas ontologías en América Latina se tiende a caer en esencialismos. El existencialismo es una filosofía materialista en la que las condiciones sociohistóricas son insoslayables pero que también señala que en las existencias individuales hay una dimensión (la “aventura”, la “decisión”, etc.) que escapa a las sobredeterminaciones sociales. Las estéticas de cuño existencialista observan la obra de arte como un lugar en el que ponen en relieve esas sobredeterminaciones

y que tampoco puede reducirse a la expresión de una idea o concepto; los personajes de las ficciones literarias, como los de Arlt, también dramatizan sus circunstancias y buscan formas de existir por fuera de ellas.

Orugas y mariposas muestra así un recorrido por el pensamiento filosófico en Argentina, que se hace más autónomo en las formas de apropiación o en la “desfiguración” de las categorías heideggerianas o sartreanas. Se enuncia más desde estas tierras cuando va más allá del juego teórico de glosa o de relocalización de los conceptos de las “fuentes” de los países centrales –operación que siempre está abierta a diferentes tipos de crítica: el problema de la traducción, de la banalización, de la distorsión, de la necesidad de un lector atento pero al mismo tiempo pasivo, que en el mejor de los casos entraría en el lugar del “especialista”, como si cualquier “apropiación” supusiera un grado de alejamiento a la verdad, como si el proceso de circulación de las ideas tuviera que ser analizado desde una especie de platonismo que encuentra las esencias en los textos del canon filosófico europeo, y los eslabones de la recepción son todas instancias en que las ideas se distorsionan o empobrecen, y agregan grados sucesivos de distancia respecto de la “verdad”.

Un modo en que se afirma la enunciación “desde” América Latina es a través de la discusión filosófica que toma como eje el análisis de obras literarias producidas en estas tierras. La discusión sobre obras literarias da la posibilidad de escapar de la mera reproducción de las categorías vicarias del pensamiento universal. En el caso de Orugas y mariposas, vemos el modo en que el Martín Fierro es analizado por Astrada, el Facundo por Guerrero, la ficción de Arlt por Correas y Masotta.

La discusión sobre los textos del canon literario latinoamericano permite también escapar a los esencialismos de las reflexiones sobre las identidades locales, los orígenes o destinos que no parten del análisis de textualidades concretas sino de vagas observaciones sociales. El pensamiento latinoamericano tuvo algunas de sus páginas más salientes cuando reflexionó tomando como punto de partida obras literarias, como el de Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe de Octavio Paz, el libro sobre la gauchesca de Josefina Ludmer, el de Sarlo sobre Borges. A veces se revisita y subvierte el canon europeo, como hizo Roberto

Fernández Retamar con Calibán. Estos trabajos consiguen poner el eje en lo local y efectúan un aprovechamiento múltiple de teorizaciones de otras latitudes, transformando enunciativamente nuestra condición periférica en central. Orugas y mariposas señala de modo indirecto pero evidente el valor de esa tradición de reflexión sobre textos literarios como un espacio donde está parte de lo más rico de la reflexión filosófica de América Latina. Si se tuviera que buscar una filiación para el libro de Fraguas, más que en un texto en particular, habría que establecerla con espacios múltiples de discusión intelectual en que filosofía y literatura se cruzan y que se representan en revistas culturales, un arco que incluiría revistas como Contorno (en la que participaron Correas y Masotta) y que se continúa en los últimos años en publicaciones como El ojo mocho (no es casual el espacio importante que se dio en dicha revista a la figura y la obra de Correas). Y para retomar el subtítulo del libro, las relaciones entre generaciones, lo que nace en una a expensas de las anteriores, el grado de “secreto” que siempre parece guardar la literatura y que la filosofía busca “revelar” de distintos modos, la “denuncia” que siempre aparece sobre los que reducen el pensamiento a un diálogo atemporal entre filósofos, es algo permanente en esta línea del pensamiento argentino y latinoamericano, y bien puesto en evidencia en el libro de Fraguas.